

# ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO.

NUMERO IV.

JUNIO DE 1883.

## JURISPRUDENCIA.

### APUNTES

PARA LAS LECCIONES ORALES DE LEGISLACIÓN,

POR EL SEÑOR DOCTOR ELÍAS LASO,

*Catedrático de Legislación y Economía Política.*



Hemos visto que el hombre es sociable por naturaleza; que la sociedad existe y es un hecho constante, universal é innegable; que no puede haber sociedad sin soberanía y autoridad; que tanto el individuo como la sociedad están ligados á la ley del progreso para la consecución del fin honesto, y que esta base social ha sido puesta por Dios y conocida por los hombres con el nombre de *justicia y deber*. Ahora vamos á estudiar con alguna detención el principio de *utilidad* sustituido al de justicia y deber por algunos filósofos materialistas, pues, en los tiempos que atravesamos, las malas ideas van cundiendo poco á poco y diseminándose por toda la sociedad ecuatoriana; pero la juventud estudiosa es la más expuesta á este contagio: por eso, es necesario prevenir el mal, manifestando las consecuencias terribles de las doctrinas anticatólicas.

Entre éstas, la más perniciosa es la del utilitarismo, porque mina la base no sólo del catolicismo, sino de toda idea religiosa, moral y política; sustituye la materia al espíritu, la sensibilidad al deber, el egoísmo á la caridad, la codicia al patriotismo, y el cálculo estéril al sentimiento fecundo y vivificador de la conciencia. Por eso dijo San Pablo que nadie puede poner, sin destruir la sociedad, un fundamento diverso de aquel que ha sido puesto por Dios.—Cuando la razón humana parte del principio católico-*justicia y deber*—reimonta su vuelo de águila hasta las regiones etéreas y descubre los espacios inmensos de la ciencia. ¡Qué virilidad, qué expansión, qué altura, qué profundidad, qué potencia, qué universalidad de conocimientos los que ostenta la razón cuando no se separa de Aquel que to-

do lo atrajo hacia sí! . . . ; pero ¡qué raquitismo, qué clorosis, qué estado de marasmo de los que tratan de prescindir de ese principio único, de ese foco de luz, fuera del cual todo es tinieblas! Hombres de ciencia, estadistas, poetas, todos deben recibir la luz y el calor de este Astro Rey, al rededor del cual tienen que girar todos los planetas para no salir de su órbita natural y perderse despedazados en la inmensidad del espacio. Los que tienen la insensatez de separarse del catolicismo no saben atacarlo más que con una palabra; ésta es la única arma que manejan, el único ariete con que pretenden destruir esa muralla de granito.—Fanatismo: hé aquí la palabra que pronuncian los adversarios del catolicismo, unas veces con la mala fe del sectario, otras con la ignorancia del vulgo, y los más con la superficialidad de la multitud.—“¡Triste país, dice un escritor moderno, aquel en que, con tan ineptas exclamaciones, se acallan cargos tan graves y trascendentales”.—Entremos en materia.

## I.

“Bien es placer ó causa de placer. Mal es dolor ó causa de dolor:” hé aquí la definición que da Béntham de las ideas simples del bien y del mal. A primera vista, aparece que Béntham reduce el bien y el mal tan sólo al orden físico, y para él no existen el bien ni el mal moral ó espiritual. La definición es antifilosófica porque no define la esencia del bien y del mal; pues la causa de un objeto, de un hecho, de una idea, no es el objeto, el hecho, la idea misma: hay diferencia grande entre la causa y el efecto, por consiguiente no puede definirse lógicamente éste por aquélla. No se puede definir al hijo por el padre, al fruto por la flor, á la música por el sonido; con este método se puede describir pero no definir, y por eso la definición que analizamos es más bien descripción que definición. No definiría el Chimborazo el que dijera que es un monte elevado cubierto de nieve perpetua, & &; así podría describirlo más ó menos acertada ó poéticamente, pero no daría una buena definición. Además, la definición es incompleta. El hombre es un compuesto de espíritu y materia: tiene sensibilidad y sentimiento; es capaz de dolor y pena, es decir, de padecimiento físico y meramente espiritual ó moral. Cuando tropieza y cae, experimenta dolor puramente físico; cuando le injurian ó le desprecian, experimenta angustia, desagrado, padecimiento puramente espiritual; cuando le refieren un crimen atroz, sufre moralmente; cuando le dan una bofetada siente dolor físico y padece además espiritual y moralmente. Hé aquí que el hombre puede, y lo vemos probado todos los días por nuestra propia experiencia, padecer y sufrir no sólo física sino moralmente, y la definición de Béntham ha comprendido tan sólo una faz del bien y del mal, un miembro de la idea definida; ha tomado una parte del hombre y no al hombre completo. Hay más, ha rechazado la parte espiritual y moral del hombre sin tomarse el trabajo de probar que el hombre es pura materia, y que el sentimiento íntimo, la conciencia y los fenómenos del ente que se llama hombre no existen en la naturaleza ó son meras ilusiones, cuya falsedad se demuestre con estas ó aquellas razones. Sienta su principio sin probarlo, y de allí deriva consecuencias como pudiera hacer un oráculo; y sin embargo la escuela que se titula racionalista le sigue y le proclama infalible. ¡Qué contradicciones, qué tinieblas cuando nos separamos del Padre de la luz!

## II.

El *placer* y el *dolor* no son elementos esenciales del *bien* y del *mal*: frecuentemente, en lo físico y en lo moral, el dolor es un bien posible y

necesario. En el orden puramente físico, el dolor es muchas veces un gran bien, como en ciertas enfermedades, en las cuales la falta de dolor las hace incurables y de funestas consecuencias, cuando no lo serían si el dolor advirtiera su presencia y gravedad. “Yo he conocido, dice á este propósito el Dr. Páley, á muchos habitantes de países sumamente fríos que habían perdido los dedos de los pies y las manos, porque la falta de dolor impidió acudir oportunamente al remedio.” En el orden moral, el dolor y la privación del placer son todavía más necesarios, pues sólo de este modo puede el hombre llegar á ser dueño de sí mismo, perfectamente libre, de carácter levantado, capaz de acometer y llevar á cabo grandes hechos. Esto lo manifiesta la historia, la filosofía y aun la observación más vulgar de lo que acontece diariamente. “Si no pienso más que en mis comodidades, decía Epicteto, soy esclavo de mi cuerpo.” “Todos los grandes hombres de la antigüedad, dice Lacordaire, eran pobres ó sobrios; la pobreza es el camino de la energía, ciencia y patriotismo entre los antiguos, y de las virtudes cristianas entre los modernos.” Un paralelo entre los hombres disciplinados en el deber, y los mimados por los placeres haría conocer las inmensas ventajas del dolor y las lamentables consecuencias del placer: entre los primeros, veríamos á millones de héroes cristianos, de santos, consagrados al servicio de la humanidad, olvidados de sí mismos para ejecutar prodigios de abnegación, patriotismo y caridad; entre los segundos, contaríamos á muchísimos que, como los asistentes á la Casa de Oro de Augusto, no pensaron más que en su propio bienestar y comodidad: tipos de la crápula y el materialismo, que nada hicieron para el bien de la humanidad y que, después de diez y ocho siglos, sirven todavía de maestros al vicio y la corrupción. El deber es la escuela del hombre; pero el deber impone sacrificios, privaciones, dolores: luego, el dolor y la privación son necesarios y sirven no pocas veces para el adelanto y mejora individual y social. El progreso es lijo del sufrimiento: no se capitaliza sin privaciones; no se aprende sin estudio; no se adquiere fuerza sin dolor; no se obtiene la sabiduría sino con la dura y constante meditación, ni se llega al heroísmo sino con el ascetismo cristiano. Alejandro fué casto, César generoso, Carlomagno piadoso, Napoleón continente, Bolívar paciente y sufrido, más grande en el infortunio que en la prosperidad. Con el fin de conocer la gran diferencia que hay entre el héroe católico para el cual el bien es el deber, y el racionalista que sólo halla el bien en la utilidad, permítaseme hacer una ligera digresión. Bolívar en 1816 había perdido toda esperanza de triunfo: derrotado por Morales en Ocumare; puesta su cabeza en precio por Moró, Capitán General de Venezuela; expulsado de Güiría por el revolucionario Mariño; insultado personalmente y amenazado de muerte por un subalterno, Bermúdez, arribó solo y abrumado de infortunios á Puerto Príncipe; “llevó, dice Larrazábal, aquellos golpes con maravillosa igualdad de ánimo. Aconsejábanle sus amigos que en Puerto Príncipe, tomase venganza de sus contrarios, (Mariño y Bermúdez que cometieron la vileza de hacer la revolución, echar abajo al Libertador, insultarle y amenazarle de muerte cuando estaba derrotado); pero no lo quiso y contestó: *el más noble y honesto género de venganza es perdonar*. . . Loan los historiadores romanos por varón de grande ánimo á Catón, que se mató, no pudiendo con paciencia sufrir la prepotencia de César, su enemigo; mayor encomio y alabanza parece que ha de merecer Bolívar, al cual sostuvo la esperanza que á Catón abandonó. . .” Hé aquí el héroe católico que obra por deber y conciencia, y el racionalista romano que busca la utilidad y ahorro de dolores.

Los católicos creemos, y es lo cierto, que hay dos clases de bienes y de males, el natural y el moral: el natural se subdivide en físico y metafísico; el primero es mantenimiento de lo puramente material, como la salud, el desarrollo, las comodidades; el metafísico es el perfeccionamiento de las facultades mentales, la instrucción, el talento; el bien moral es la buena dirección que imprime á la conducta la voluntad ilustrada. Hay comercio y relaciones íntimas entre los tres ordenes de bienes; el moral es superior á los otros dos, los regulariza, los purifica, los eleva, los espiritualiza. El amor puede ser una *mera sensación*; pero en el hombre puede ser un *afecto*; el utilitarista no pasa de aquí, porque, á más del placer sensual, no reconoce más que la *simpatía*. El amor entre los católicos se eleva al *sacramento*; y he aquí el bien moral en su esencia, en su pureza, porque antes que el *afecto*, ántes que el *mero sentimiento de placer*, está la idea del deber. El uno está personificado en la prostituta, ó la concubina, el otro en la esposa: la primera es vil y degradada, la última es noble y santa. El catolicismo va todavía más allá en el bien ó orden moral y llega hasta la virginidad, la abnegación y renuncia de todo, hasta de sí mismo por el amor puro, heroico y sublime de Dios, objeto único digno de poseer el corazón todo entero.

El bien físico se anuncia por sensaciones, y la razón las reforma ó las deja pasar inadvertidas; no sucede lo mismo con el bien moral: éste no nace de la sensación, es independiente de ella. El hombre juzga rectamente de lo bueno y de lo malo, aun cuando no se halle bajo el imperio de sensación alguna. Muchas veces precede el conocimiento moral á la sensación. Una mujer fea no experimenta sensación alguna de disgusto ó dolor por su fealdad antes de persuadirse que lo es; primero conoce que es fea y después siente y se duele de serlo. Hay personas que comen indiferentemente, y hasta con agrado, un alimento, y lo vuelven cuando llegan á saber lo que es. El sentimiento es en todas estas cosas posterior al conocimiento. Además, el sentimiento está en razón directa del conocimiento; siente más el que conoce mejor. En las representaciones escénicas todos ven y oyen lo mismo; pero no todos gozan del mismo modo ni con la misma intensidad: lo que sucede también con la música, la pintura y la arquitectura. El animal ve y oye, el tonto apenas percibe lo más notable, el de mediana inteligencia conoce más y por esta razón siente mejor, el de inteligencia cultivada conoce todavía más y goza con más intensidad, el de mucha inteligencia y estudio conoce todo y goza más y mejor que todos los anteriores. Por esto oímos decir continuamente:—no me gusta el canto de ópera;—es natural, no tienes el oído educado. Estas expresiones vulgares manifiestan claramente que el conocimiento precede al sentimiento, y no éste á aquél. En muchas ocasiones, sabe el hombre que un objeto es bello; pero no percibe la belleza sino después de haber adquirido, á fuerza de trabajo y de estudio, el gusto estético. Para probar este fenómeno, oigamos una confesión de Don Juan Montalvo; dice así: “El ahinco por *comprender y sentir* las obras maestras que enriquecen el Vaticano, y el continuo y largo ejercicio de mirarlas pueden infundir á pausas la virtud de comprenderlas y sentirlas, así como la tierra inculta y estéril viene á dar en productiva, á fuerza de abono y laborío. De mí sé decir que admiré al principio las pinturas de Rafael en el Vaticano, porque tenía entendido que *debía* admirarlas. Pero sintiendo de mí un cierto rubor de no ser capaz de ese deleite que lo grande y bello proporciona al alma, aminorábame á mis propios ojos y me veía humilde y pequeñuelo. No comprender el Paraíso Perdido, no estimar el templo

de San Pedro, no tener oídos formados para el Don Juan de Mozart ó para el Miserere de Rossini, no es posible: he de entender, he de sentir la Transfiguración de Rafael. Y fui y volví, y torné; y tuve fuerte querer, y si en hecho de verdad no di con el hito de la perfección, salí de Roma convencido de que me había deleitado con la Transfiguración, con la Comunión de San Jerónimo del Dominiquino, y con el Descendimiento de Daniel de Volterra, las tres obras maestras de la pintura moderna. Bien pudo no ser así, mas, para mi consuelo ó para mi vanidad, esto me basta." En este pensamiento poético, filosófico y profundo de Don Juan Montalvo, se palpa lo que llevo dicho —el conocimiento muchas veces se adquiere y precede casi siempre al sentimiento, sólo que es tan rápido el paso del conocimiento al sentimiento, que en muchas ocasiones no nos damos cuenta de la diferencia entre una y otra acción. Cuando las bellas artes y la poesía han tomado por única brújula al sentimiento, el mal gusto, la exageración, la extravagancia, el gongorismo han corrompido toda fuente de belleza. Los escritores, poetas, oradores y artistas de la Grecia culta, de Roma imperial, de la Francia de Luis XIV, de Prusia en el reinado de Federico, de Italia en el de León X, de la España del siglo XVI & c., todos perfeccionaron la estética con el estudio constante de los buenos modelos y la meditación profunda del corazón humano. Lo bello y lo sublime no están fuera de toda regla, ni dependen de una simple sensación grosera y material; hay en ellos algo de espiritual, algo de divino. Si en el bien físico precede el conocimiento al sentimiento, en el bien moral sucede lo mismo y con mayor razón; por eso el hombre perverso procura con todo el esfuerzo de su talento justificar el mal. Este hecho funesto lo vemos más que nunca en la edad presente; los anticatólicos lo son, casi siempre, por justificar su corrupción; algunos otros, por ignorancia. El salmista nos dice muy filosófica y profundamente: "No hay Dios dijo el necio en su corazón", para manifestarnos que el ateo desca serlo para no tener juez: no siente, no piensa, no se persuade que no hay Dios; lo que sucede es que no quiere y por eso ha usado David de aquella expresión verdaderamente inspirada—*dijo en su corazón*. De todo esto se deduce que la dicha perfecta es la posesión del bien: pero del bien excelso y completo, con conciencia de poseerlo.

#### IV.

El utilitarismo es el egoísmo, porque como la sensación y el placer se verifican en el individuo y son intransmisibles, el utilitarismo tiene su origen, desarrollo y fin en solo el individuo. Cuando decimos que el bien es el placer, fijamos el bien en nosotros mismos, pues él reside en nuestra organización, en nuestra persona. Es verdad, el utilitarista extiende algunas veces esta esfera cuando sacrifica una parte de utilidad ó placer presente por otra mayor que vendrá; pero no por eso sale de la atmósfera única de su *yo*, pues á él se refieren aun los goces ó placeres futuros. El utilitarista vulgar busca el placer presente; el utilitarista más entendido busca también el bienestar venidero; pero uno y otro son igualmente egoístas; sin embargo, este último se acerca algo más al buen camino, á la verdad, al principio del deber. El que obra bien por conseguir la vida eterna, cosa que está más allá del sepulcro, es á no dudarlo menos egoísta que el que busca la utilidad ó el placer tangible, que tiene delante de los ojos ó que puede coger en ese mismo momento. No así el santo; él cumple la ley, se sujeta estrictamente al deber, ama sin tener en cuenta la recompensa ni el castigo, prescinde de su *yo* y se entrega todo entero á su Criador, y por él á la humanidad. Si Burlanagui hubiera

penetrado en el santuario del catolicismo, no hubiera asegurado que el amor propio es el único móvil de las acciones humanas aun en los santos. No, hay otro móvil más noble, más poderoso, más espiritual, más sublime, que Santa Teresa (?) expresó bien en el soneto siguiente:

“No me mueve, mi Dios, para quererte,  
El cielo que me tienes prometido;  
Ni me mueve el infierno tan temido,  
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, mi Dios: muéveme el verte  
Clavado en esa cruz y escarnecido;  
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;  
Muévenme las angustias de tu muerto;

Maéveme, en fin, tu amor de tal manera,  
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara,  
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera:  
Porque, si cuanto espero no esperara,  
Lo mismo que te quiero te quisiera.”

Si todas las acciones del hombre no tuvieran más que un origen—el placer—como aseguran los utilitaristas, entonces el hombre sería incapaz de reforma; y sus acciones todas serían iguales, no habría unas mejores que otras. Siendo uno el principio, las consecuencias que de él se derivan serían siempre las mismas: hay más, todas las acciones, buenas ó malas, serían iguales, porque saliendo de la sensación no pueden ser el resultado de la voluntad: el ladrón sería igual al caritativo y abnegado que distribuye sus bienes entre los pobres. Ambas acciones habrían nacido de la misma fuente—el placer: el primero creía útil y gozaba robando; el segundo estaba persuadido de que es útil y placentero socorrer al necesitado. Caco y San Vicente de Paul son iguales para el utilitarista. ¡Qué perversión de ideas! . . .

## V.

La verdad es una; si fuera múltiple no sería verdad, porque tal es por su naturaleza y carácter. Lo bueno, lo bello, lo verdadero no son más que una misma cosa, *el orden* bajo tres facetas distintas, y el orden mismo no es sino el pensamiento, la voluntad, la manifestación de Dios: verdad única, de la cual irradian todas las manifestaciones externas é internas, materiales y espirituales ó morales que los hombres reconocemos como verdad. Todo en el catolicismo tiende á esa unidad moral, de la cual Jesús es el tipo puro y clarísimo al cual todos debemos imitar y al cual todos propendemos, porque es el polo de atracción que reúne en uno todos los entendimientos, voluntades y principios. Durante su permanencia en Judea, dijo: “Cuando sea levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí”; y por eso, han sido atraídos hacia Él aun sus más acérrimos y tenaces enemigos, los cuales casi han confesado la divinidad de Nuestro Señor, y con ella la verdad y la unidad que entraña el catolicismo. “Permitido es llamar divina, dice Renán, á esa personalidad que *preside* todavía los destinos del mundo. De todas las columnas que enseñan al hombre de dónde procede y adónde debe dirigirse, Jesús es la más elevada (debió decir la única), la más grandiosa. Cualesquiera que sean los fenómenos que se produzcan

en el porvenir, nadie sobrepujará á Jesús, (Esto no puede decirse sino del Hombre Dios). Su culto florecerá incesantemente, (y permanecerá hasta la consumación de los siglos); su leyenda hará siempre derramar lágrimas; su martirio conmoverá los más nobles corazones y *todos los siglos proclamarán unánimes que, entre los hijos de los hombres, no ha nacido alguno que pueda comparársele*". Después de esta confesión, arrancada por la fuerza irresistible de la verdad, no es necesario esforzarse en probar que la verdad es una, y que Jesús es el tipo fuera del cual todo es tinieblas, todo mentira.

El utilitarismo, por el contrario, es la multiplicidad más completa y más adversa á Jesús, tipo del orden, la justicia y el deber. Cada uno de los miembros de la especie humana tiene sus gustos y placeres especiales; cada hombre siente de diverso modo; cada organización responde á sensaciones diversas; cada fibra lleva al cerebro sensaciones distintas de las otras; cada uno es, pues, para sí su propio modelo: diremos mejor, su propia y única regla. Adoptar un tipo común, aunque fuese con placer, valdría tanto como renunciar al utilitarismo, porque lo múltiple no puede reducirse á la unidad. Todo hecho general, toda ley, toda obligación, toda uniformidad es inconciliable con el utilitarismo. Béntham conoció la fuerza de este argumento, y conoció, también que Jesús era el verdadero y único tipo del catolicismo. Sin embargo presentó Béntham un tipo de su doctrina; veámosle, y este tipo hará la más perfecta refutación del utilitarismo. Figúrase Béntham á Johnson, (el santo utilitarista) "arrellanado en su poltrona, aguardando con delicia la comida, con su Títsey (su querida) sobre las rodillas, mientras otra Títsey le toca un instrumento, recreándole con un melodioso canto, y á tiempo que él oliendo de cerca un fragante ramillete, lee la obra de un autor favorito". ¿Qué cuadro para un burdel, qué santo del almanaque de Béntham, qué tipo utilitarista y que...!

Concluamos que la obra del catolicismo es obra de unificación; y por lo mismo de perfección, pues así lo confiesan aun los más enemigos. Pero la unidad y la perfección no se encuentran, no se asocian no se funden sino en el crisol de la verdad. Luego toda verdad moral y religiosa está en el catolicismo:

*"Et veritas Domini manet in æternum"*.

## VI.

El utilitarismo materializa al hombre y le mutila, porque pone la sensibilidad sobre la inteligencia y hace de ésta una vil servidora de aquélla. El hombre que no tiene más regla de conducta que el placer, debe emplear su inteligencia tan sólo en buscar sensaciones agradables y placenteras; mas, como las sensaciones son diversas en cada individuo porque lo son también las organizaciones, y varían de tiempo á tiempo, pues muchas veces nos repugna hoy lo que nos agradó ayer, se deduce lógicamente que sólo el individuo es juez de sus sensaciones y que, subordinando á ellas su inteligencia, debe seguir las forzosamente en sus innumerables caprichos, es decir, que pasa á ser esclavo de sus sensaciones: éstas no están sujetas á la voluntad; dependen de causas externas ó meramente físicas ú orgánicas; luego el hombre, después de perder su inteligencia, pierde también su voluntad. El hombre piensa, quiere y siente, según la doctrina del deber, y obra poniendo en armonía estas tres facultades; pero, según los utilitaristas, el pensamiento y la voluntad están subordinados y son meros esclavos del sentimiento: luego el hombre pierde las dos facultades más nobles y queda mutilado. Si el placer, ó lo que es lo mismo, la sensación es el único móvil de las acciones del hombre, éste tiene derecho á

todo lo que le es agradable y placentero, sin más límites que los obstáculos físicos que se le opongan. Esta consecuencia es lógica y la dedujo ya un magistrado granadino. Hobbes había dicho antes: el hombre tiene derecho á todo. Los protestantes han dicho: todo hombre tiene el derecho de interpretar las Escrituras Sagradas y conformar sus acciones á esta interpretación. Si cada uno es el juez de su propia utilidad, dice Salas, el comentador de Benthám, y si cree que para ser feliz es un estorbo su amigo y bienhechor, puede suprimir ese obstáculo, es decir puede asesinarle: horrible doctrina, añade el comentador; pero, si se procede de buena fe, ésta es la consecuencia necesaria. Negada la ley divina de la justicia y el deber, no le queda al hombre ley alguna á que sujetar sus acciones, pues las sensaciones y el placer son el extravío de la voluntad antes que su regla, medida ó moderador. Horrorizados los utilitaristas con las consecuencias lógicas del principio utilitarista, le han puesto una limitación antilógica, pues aseguran que el límite es la prohibición impuesta por las leyes positivas civiles. Pero si no existe la justicia y el deber, ¿de dónde saca el legislador civil el derecho de prohibir este ó aquel acto?; y si el legislador tiene este derecho sin tomarlo de fuente alguna superior al hombre y la humanidad, se constituye en un usurpador, en un tirano, que no debe ser obedecido.

La supresión del Código Penal, pedida por un diputado colombiano en plena cámara, fué lógica. La acción de la ley humana es limitada; luego, allá donde no llega su acción, no alcanza la obligación de obedecerla; es como cualquier otro estorbo físico que sólo detiene el carro del placer cuando se halla al frente de las ruedas; si está lejos, deja de ser obstáculo. La ley me prohíbe robar; pero si puedo hacerlo sin ser visto, el robo es legítimo. “Si no hay, dice D. Ramón Salas, una moral anterior é independiente de la ley civil; si no hay una moral que ordene y prohíba muchos actos que el legislador no puede ordenar ni prohibir, ¿por qué regla se conducirá el hombre?—por una sencillísima, exclama, por la inclinación natural de buscar el placer y huir el dolor”: hé aquí la consecuencia monstruosa, pero desgraciadamente lógica de la doctrina de Benthám. El hombre mutilado por haber perdido sus más nobles y ricas facultades: degradado á la condición de los seres meramente sensibles, á los brutos, y armado de su razón como del fuego griego para destruir toda idea de justicia y deber, sería un ente más degradado y temible que Lucifer.

*Adipem suum concluderunt: os eorum locutum est superbiam.* Salmo XVÍ.

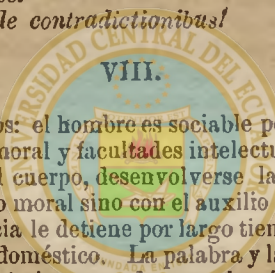
## VII.

Bien es placer: hé aquí la máxima fundamental del utilitarismo, con esta regla de conducta arreglan los discípulos de Benthám todas las acciones del hombre, cuando no pasan de la esfera del individuo; pero como el hombre tiene necesidad de un principio para sus relaciones sociales, no puede aplicarse á esta segunda esfera de acción, y por eso recurren á otro principio: “Para saber si una acción es útil para la sociedad, hay que generalizarla, y hacer entonces el balance de los dolores y las penas”. A primera vista, se conoce que estos dos principios son opuestos; que siendo una sola la verdad, el principio que arregla las acciones del hombre debe ser también uno solo, ya sea que ellas se limiten al individuo ó se extiendan á la esfera de la sociedad; así sucede con el principio católico de la justicia y el deber, el cual da al hombre y la sociedad la regla para todas las acciones sin excepción. Para generalizar es necesario conocer los resultados, y para conocer y generalizar es indispensable calcular sin interés alguno, pues si media el interés el cálculo es apasionado, y el calculador



sobrepone el interés individual al general; ó cree que debe subordinar su utilidad á la general, y entonces ya confiesa que está subordinado á un deber, y el principio *bien es placer* se pone en completa contradicción con el segundo. ¿Oual será, pues, la regla de conducta de un utilitarista cuando el bien individual está en contradicción con el general? . . . Preferir el primero es lo práctico, lo común, lo que aconseja Benthani cuando dice que cada uno es juez de su bienestar. Con esta regla no hay patriotismo, no hay abnegación, no hay grandes hechos; la sociedad misma es imposible, porque ella vive de los sacrificios, del *deber* de cada uno de los individuos. Buscar el bien general, sacrificando el individual, es echar por tierra toda la doctrina del maestro; así lo dice Salas, el comentador, y lo dice lógicamente. Así lo dijo un periódico de Nueva Granada cuando pidió libertad para la *vinganza y el concubinato*; pues aseguró que la ley debía *reglamentar*. Lógico fué el diputado que pidió la eliminación del Código Penal. Finalmente, si el bien es placer, el bien es material, sensible; luego no puede generalizarse, porque para generalizar es necesaria una operación inmaterial: eso es obra exclusiva de la inteligencia, un trabajo meramente abstracto. Si se ha de admitir este algo espiritual, es necesario concluir entonces que no todo es material, sensible, y la doctrina utilitarista queda falseada en su base.

*¡Eripe me de contradictionibus!*



Los católicos decimos: el hombre es sociable por naturaleza: su organización física, carácter moral y facultades intelectuales así lo manifiestan. No puede desarrollarse el cuerpo, desenvolverse la inteligencia ni conseguir el perfeccionamiento moral sino con el auxilio de sus semejantes. Una prolongada y débil infancia le detiene por largo tiempo en el regazo materno y al abrigo del hogar doméstico. La palabra y la escritura le proporcionan un caudal de conocimientos y de experiencias, que recibe de otros casi sin trabajo. El corazón tiene necesidades, se mantiene de alimentos especiales que no son los del cuerpo: la beneficencia, el amor, la ternura, la gratitud le son necesarios. De todo esto concluimos que es sociable por naturaleza, por deber, pues todo hombre tiene obligación de procurar con todo su esfuerzo llegar al fin honesto, al que está destinado por su Criador: desarrollo físico y desenvolvimiento moral é intelectual son su naturaleza y su deber. Este triple desenvolvimiento no puede conseguir el hombre aislado: necesita el apoyo y la cooperación de sus semejantes y de aquí nace el deber de ser sociable. La historia corrobora esta aseercción; pues, al investigar el origen de un pueblo, ó de la humanidad en general, se encuentra la familia como núcleo, jamás el hombre aislado: la narración de Moisés y aun los mitos de las diversas sectas están conformes en este punto. Si el hombre es sociable por deber, la misión de la sociedad es el perfeccionamiento del hombre, perfeccionamiento que no puede cumplirse sino mediante el poder ó la autoridad; esta autoridad la ejercen los que han recibido de Dios por medio del pueblo esta obligación, y por este motivo son los vicegerentes de Dios: deben transmitir la enseñanza divina, ilustrando los entendimientos, reformando las costumbres y castigando las perturbaciones del orden: gobernar es educar; educar es perfeccionar. Tal es el deber del hombre individual y colectivamente considerado.

Los utilitaristas dicen: el hombre es sociable por accidente. Se mantiene en sociedad no por naturaleza ó deber, sino por conveniencia. La humanidad es una asociación facticia. Esta es, en resumen, la doctrina de Hobbes. De esta doctrina se deduce lógicamente que el deber del indivi-

duo y de la sociedad es buscar el mayor número posible de conveniencias que pueda encontrar, ó, lo que es lo mismo, la mayor suma posible de placeres, y evitar la mayor suma de pesares ó dolores. El utilitarista desarrolla la parte física del hombre y procura el desenvolvimiento intelectual, cuando en este desenvolvimiento piensa encontrar mayor suma de placeres. Castiga, para verificar un balance favorable de penas y placeres; y por eso funda el derecho de castigar en el siguiente raciocinio, ó, diremos mejor, en la siguiente operación numérica: “aplicando una pena al individuo, éste sufre un dolor; pero la sociedad espera muchos bienes, entre los cuales el principal es la tranquilidad”. De suerte que, siempre que la sociedad reporte utilidad de un acto cualquiera, éste es lícito y obligatorio, aun cuando ataque un derecho individual ó cause un dolor. Con estas premisas son lógicas las consecuencias siguientes: “es útil inmolar un hombre para salvar al pueblo”: raciocinio del utilitarista Caifás para crucificar á Cristo Nuestro Señor: “los pobres tienen derecho de expropiar al rico cuando aquéllos son muchos y éste solitario”: consecuencia lógica deducida por Proudhón de las premisas anteriores: “el hambre de muchos antropófagos es razón suficiente para devorar á un hombre, cuyas carnes prometan buen sabor y abundancia de alimentos nutritivos y suculentos”: lógica de los salvajes que está en perfecta armonía con el utilitarismo.

Pero el utilitarismo contiene en sí otra injusticia, otro absurdo mayor si cabe que el anterior. El hombre, sometido según Benthám al imperio del placer, no es dueño de sus acciones, y por lo mismo no puede ser responsable de ellas. Todas ellas son motivadas igualmente por el deseo de gozar, todas igualmente legítimas, igualmente fatales, idénticas. ¿Con qué derecho se castiga á un ser dominado imperiosa é irremisiblemente por el fatalismo?... Castigar al que no es dueño de sus acciones es injusticia. El fundamento del derecho de penar es, en el utilitarismo, la crueldad, la fuerza ó cuando menos el cálculo tétrico y frío; en el catolicismo, es la justicia, la caridad. Cuando castiga, el utilitarista busca su conveniencia; cuando castiga, el catolicismo busca la justicia, la caridad, aun en el mismo individuo castigado.

AREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

## IX.

Toda sociedad supone derechos y deberes; éstos son los elementos, los medios de relación de los hombres entre sí, y para con la autoridad: nociones fundadas sobre lo bueno y lo malo, lo que debe fomentarse y lo que debe evitarse; medios eficaces de acción y corrección. Si gobernar es educar, educar es enseñar, y el que enseña debe saber cómo y por qué enseña; está, pues, sujeto á leyes ó á deberes. La autoridad en este mundo es el *inspector repetidor* de los preceptos, leyes ó enseñanza del Maestro único y supremo—Dios. Antes de los dictados de la autoridad está la ley natural—la soberana voluntad del Sér Supremo; esta ley natural es superior á la autoridad, superior á las resoluciones humanas: de otro modo lo que llamamos autoridad sería un ente despótico, arbitrario, ilimitado, irresistible, absoluto: su razón de ser, y la única fuente de su poder sería su voluntad. Pero no, la doctrina católica tiene otra base, otro principio suave, dulce y consolador:

“Non est potestas nisi a Deo”.

El legislador humano está sujeto á la ley natural: de ella saca las leyes positivas ó civiles que promulga, y su deber es proteger, promover, armonizar, reglamentar la ley suprema, la ley natural; su poder es limitado: sobre él está la justicia, está Dios. El legislador civil no debe crear derechos ni deberes, no es omnipotente. El hombre por la ley natural tiene el

derecho de vivir; luego, cuando la ley civil garantiza la vida, no da sino amparo, protege, defiende este derecho de las agresiones injustas á que está expuesto. El hombre tiene el derecho natural de usar del fruto de su trabajo; luego, cuando la ley civil garantiza la propiedad y posesión, cuando castiga el robo, no da al hombre la propiedad, la defiende, la protege, la pone á cubierto de las agresiones injustas.

El utilitarismo, al negar la ley natural, niega los derechos, y negando los derechos, niega los deberes, pues son correlativos. Béntham y su escuela, no pudiendo resistir á la razón, admite los deberes, pero asegura que la fuente de ellos es la ley civil. Si ésta es la fuente, todo lo que ella ordena es justo, todo lo que prohíbe malo. La autoridad absoluta está divinizada, su culto establecido, y la humanidad reducida á un rebaño de carneros. No hay razón para reprobear, ni aun para censurar en secreto, las crueldades de Nerón, Decio y Vespasiano, las locuras de Calígula, las intemperancias de Heliogábalo, las prostituciones de Mesalina, porque todo esto es justo y obligatorio. ¿Quién pone límites á la ley civil; quién los puso á los tiranos?—la fuerza; luego la fuerza es el moderador natural de la ley civil. ¿Qué absurdo, qué consecuencias! La ley civil es varia; luego los derechos y deberes lo son también: hoy puede prohibirse lo que se permitió ayer, y viceversa. La humanidad, según el principio utilitarista, es un árbol arrancado por la furia de las tempestades y que flota ó se sumerge, anda empujado por las olas del océano, encalla en un bajo ó es arrojado á una playa desierta donde la humedad lo pudre, las orugas lo roen ó la putrefacción lo consume. Todo lo que manda la ley es bueno: lo fué el parricidio entre los masagetas, el robo entre los espartanos, la lucha de las doncellas y los jóvenes desnudos ordenada por Licurgo; la prostitución entre los mormones; la intemperancia, la crápula y toda pasión desenfrenada entre los comunistas. Sí, todo esto lo ha autorizado la ley civil, cuando no ha reconocido la ley natural. Un principio dualista, temporal, de ocasión, ¿puede llamarse principio?; pues tal es el deber nacido de la ley civil.

Los hombres no podemos escoger más que entre los dos principios opuestos: la ley natural, la ley civil. Ó el yugo suave y la carga ligera á que sujetó Dios á la humanidad; ó el despotismo absoluto, cruel, variable, caprichoso y antirracional con que le han sustituido los utilitaristas. Querer ser católico y utilitarista es un absurdo puesto que *“nadie puede servir á dos señores”*.

## X.

Cuando el utilitarismo se aplica al sistema democrático, las consecuencias son las mismas que enunciamos en el número anterior; pero el déspota, el tirano es la multitud. Aplicado á la monarquía, es el despotismo absoluto; adoptado por la república, es el absolutismo de la multitud: la revolución, la anarquía, el derecho del más fuerte. Vamos á verlo

El art. 15 de la Constitución de los Estados Unidos de Colombia es la prueba de lo que hemos asegurado, pues en el número 3.º dice: *“La libertad individual, que no tiene más límites que la libertad de otro individuo; es decir, la facultad de hacer ú omitir todo aquello de cuya ejecución ú omisión no resulta daño á otro individuo ni á la comunidad”*. Para evitar la duda que pudiera dejar en el ánimo del ciudadano la declaración anterior, la Constitución desciende á enumerar las libertades:—

“Libertad absoluta de imprenta y circulación de impresos”;

“Libertad de expresar sus pensamientos de palabra ó por escrito sin limitación alguna”.

“Libertad de ejercer *toda* industria”;

“Libertad de dar ó recibir la instrucción”;

“La profesión libre, pública ó privada de cualquiera religión, con tal que no se ejecuten hechos incompatibles con la soberanía nacional ó que tengan por objeto turbar la paz pública”.

Por las limitaciones, ó más bien dicho, explicaciones anteriores se conoce claramente que el legislador sancionó, en el número 3.º del art. 15 de la Constitución, el principio netamente utilitarista—*daño es dolor*; pues declara que no hace daño el que calumnia de palabra ó por escrito, el que ejerce una industria inmoral.—Consecuente la ley con este inciso, declaró industria libre y legal la *vagancia*; no sabemos si haya declarado después igualmente libres la rufianería, la prostitución, &c.; pero lógicamente deben estarlo. Los mormones podían legalmente abrir escuela en los Estados Unidos de Colombia, pues su doctrina no se opone á la Constitución y leyes. Podían, por la misma razón, ejercer su religión; ¿qué daño físico hace al individuo ó á la comunidad el que da rienda suelta á la impureza?; esta pasión no es incompatible con la soberanía nacional, ni turba la paz pública.—No hay más crimen que la violencia material. Por esta legislación utilitarista, la calumnia y la injuria, que hieren más hondamente que el puñal, no son punibles: tampoco lo son la vagancia, la blasfemia, la prostitución &c. En una sociedad en que el honor y la propiedad no se hallan garantizados por la ley, el individuo cree que tiene derecho para hacerse justicia por sí mismo, y la sociedad es el caos; es la superioridad del fuerte sobre el débil, del astuto sobre el sencillo, del malvado y corrompido sobre el inocente. Allí, un corto número de hombres corrompidos se asocian, se unen con el lazo del crimen y la utilidad individual para dominar á la mayoría inerte y moral. Allí, la pequeña minoría usa de toda clase de armas, y sujeta con dura mano á la parte culta y honrada de la sociedad. Allí, ó se vive en la más deshecha anarquía, ó cae la nación bajo el herrado tacón de algún soldado audaz.

El utilitarismo en los tribunales es todavía más pernicioso, si cabe, que en la administración pública, porque la diatriba y el insulto son los medios de investigar la verdad, y la utilidad del juez los motivos para la decisión; la palabra es absolutamente libre; lo bueno y justo es la conveniencia individual.

Pero, donde el utilitarismo está en su esfera propia, donde puede poner en acción toda su fuerza y deducir todas las consecuencias prácticas del principio fecundo—*buscar el placer y huir del dolor*, es en la administración de los caudales públicos. ¿Qué freno, qué moderación, qué pudor puede tener el utilitarista? La desamortización de los bienes de la Iglesia, la apropiación de los fondos destinados á la beneficencia, las contribuciones extraordinarias, el esquileo de las poblaciones inermes, tal ha sido siempre el sistema de la renta y hacienda pública para el utilitarismo,

Cuando obedecen, combaten con todas sus fuerzas el poder ó invocan todo género de libertad. Apoderados del poder, encadenan la libertad y matan todo germen de independencia. Ya lo había dicho Tácito en sus Anales, “*Ut imperium evertant, libertatem præferunt; si perverterint, libertatem ipsam aggredientur*”.

## XI.

Para regir los grandes intereses de la sociedad, dice Benthám, el principio de utilidad es cómodo, fácil y sencillo. “La felicidad pública debe ser el objeto del legislador, y la utilidad general el principio de razonamiento en legislación”. . . . “Para la aplicación de este principio, basta practicar un balance de placeres y dolores, adoptando la medida que con-

tenga mayor suma de aquéllos que de éstos'... "Mas, como la utilidad general debe ser declarada por el mayor número, la voluntad de la mayoría es, en definitiva, la fuente de la ley"... Hé aquí, en compendio, la doctrina de Béntham. Creo indispensable advertir que algunos discípulos de Béntham, conociendo los obstáculos á que está sujeta la ley de la mayoría, han rechazado esta idea del maestro y expresado otra que, explicada por ellos, es más alarimante é inmoral que aquélla, pues han dicho que el gobernante debe consultar la utilidad pública sin sujetarse á la voluntad de la mayoría, porque ésta no está siempre en conformidad con aquélla. Esta máxima establece, como he dicho anteriormente, el *absolutismo absoluto* en la autoridad, y la esclavitud más completa para los ciudadanos,

La verdadera mayoría de un pueblo es la de todas las generaciones que le componen y no la de la generación presente: si el legislador consulta ésta, no consulta la voluntad de la verdadera mayoría; si quiere consultar la de aquélla, le es imposible, porque nadie sabe cuando terminará un pueblo: luego, la realización del principio es imposible.

La mayoría puede cambiar, puede equivocarse; luego, el principio está expuesto á mudanza y á error, y un principio variable no es principio, no es verdad, no es más que un capricho. La mayoría quiere hoy la guerra y mañana llora su imprudencia: este hecho ha pasado á nuestra vista en la guerra franco-prusiana y en la del Perú y Bolivia con Chile.

La voluntad de la mayoría muchas veces está en pugna con la del individuo, y en este caso, aunque el individuo esté asistido de toda justicia y razón, debe ser sacrificado forzosamente á aquélla; ya lo dijo Caifás: "*conviene sacrificar un hombre por el pueblo*"; y este hombre era Dios! El principio utilitarista de Caifás era exacto, era lógico, atenta la premisa establecida por el sistema de utilidad; pero la consecuencia fué el deicidio, . . . el más grande de los crímenes que se han cometido en la humanidad.

En todo caso, la voluntad de la mayoría está en pugna con la de la minoría; y ésta tiene que sujetarse á aquélla. Siguiendo las consecuencias rigurosamente lógicas de este principio, dice D. José Francisco Pacheco en sus "Estudios de Derecho Penal": supongamos que de los catorce millones de habitantes que tiene España, los ocho creen útil y necesario matar á los seis: pueden hacerlo. De los ocho que quedaran, los cinco juzgan útil y provechoso inmolarse á los tres: pueden hacerlo; y así progresivamente, hasta que España quede reducida á dos ciudadanos: pues aun de estos dos, el uno, el más fuerte, puede y debe inmolarse al más débil, si esto le conviene ó le es útil. . . ¿Necesitará refutación esta doctrina? . . .

Si la felicidad y la utilidad se miden, no por las penas y placeres, no tan sólo por su parte física sino por la justicia y el deber, todo cambia, todo se regulariza y santifica; porque la justicia jamás está en pugna con la verdadera felicidad, cuando se comprende ésta en la triple esfera moral, intelectual y material. El principio de utilidad tomado en este sentido es tan antiguo como la moral: le conocieron los filósofos moralistas del gentilismo—Aristóteles, Platón, Cicerón, Epicteto; le ha proclamado y practicado siempre el catolicismo, pues ha querido que la ley sea justa, acomodada á las diversas necesidades y costumbres de los pueblos, encaminada al bien común de los ciudadanos antes que al provecho de un particular: ésta es la doctrina de Santo Tomás, doctrina enunciada también sabiamente por Tomás de Kempis, cuando dijo: "bien hace el que sirve más al bien común que á su voluntad propia"; . . . "el que tiene verdadera caridad no se busca á sí mismo en cosa alguna, mas en todas las cosas desea que Dios sea glorificado". Hé aquí que el principio de justicia busca y realiza mejor la felicidad y utilidad verdaderas de todos los asociados,

y no se limita á la mayoría.

Tan repugnante, injusta y antilógica es la ley de las mayorías que aun los publicistas protestantes de la escuela inglesa la combaten por absurda: oigamos á uno de los publicistas ingleses más acreditados, á Stuart Mill. Después de enumerar los males á que está sujeto el gobierno representativo, dice: “pero lo que agrava singularmente estos males es que *no hay ninguna igualdad* en las democracias que existen actualmente; aun se ve en ellas una desigualdad sistemática en favor de la clase dominante. La democracia, tal como se la concibe hoy en la práctica, es el gobierno de todo el pueblo por una *simple mayoría* del pueblo representada exclusivamente. En este sentido, la democracia es un *gobierno de privilegio* en favor de la mayoría numérica . . . Según el sistema representativo, es necesario que la minoría no sea siquiera oída. Sólo una costumbre y una asociación de ideas inmemoriales pueden reconciliar á un ser razonable con una injusticia inútil. . . La injusticia y la violencia no son menos evidentes porque sea una minoría la que sufra las consecuencias de ella; pues no hay sufragio igual allí en donde un individuo aislado no cuenta por tanto cuanto otro individuo aislado en la comunidad. Pero no es sólo la minoría quien sufre. La democracia así constituida no consigue con esto ni aun su objeto ostensible de dar en todos los casos el poder á la mayoría numérica; hace una cosa muy diferente, lo da á una mayoría de la mayoría, que no es frecuentemente más que una minoría del todo. . . En Inglaterra y los Estados Unidos del Norte, jamás se atreve un partido á presentar como candidatos para la elección de los más altos destinos á los hombres más prominentes, á los más fuertes; busca y presenta á las medianías, porque los primeros son conocidos y el partido opuesto tiene contra ellos muchas objeciones; no así con los segundos de quienes jamás ha oído hablar”.

Los ministros ingleses John Rússell y Disraeli han atacado en las cámaras esta injusticia inútil, esta minoría del todo de que habla Mill, pues han conocido lo absurdo é injusto del sistema. Muchos otros publicistas y estadistas ingleses y norteamericanos han presentado combinaciones más ó menos complicadas, para corregir la injusticia que entraña la ley de las mayorías: conocidos son los sistemas de Marshall y Hare; este último merece estudio detenido, pues parece que resuelve la dificultad; pero la justicia no se obtendrá jamás por combinaciones puramente humanas.

## XII.

El utilitarismo no puede explicar la santidad, la virtud, ni siquiera el heroísmo y la abnegación. Codro, Leonidas, Curcio, Régulo, Escévola, Guzmán el Bueno, y todos los demás grandes hombres inmolados voluntariamente á su deber, á su amor á la patria, no son para Benthám más que unos malos calculadores. Jesús, el divino Jesús y los diez y ocho millones de mártires, los innumerables anacoretas y los millones y millones de santos, son para él *locos, vocingleros*; pues, sí así calificó á Sócrates, Platón y Aristoteles, filósofos moralistas de la gentilidad, con más razón á Cristo y sus discípulos, que enseñan una doctrina más pura, más espiritual, más abnegada, más llena de sacrificios; fundada en la expiación, predicada desde la Cruz, comunicada á los pequeñitos, difundida por doce pobres y sencillos pescadores y reducida á dos mandamientos completamente anti-utilitaristas:—“Amar á Dios sobre todas las cosas, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas, y al prójimo como á nosotros mismos” . . .

Jesús, rogando al Padre por los verdugos, es para los utilitaristas un

loco. San Estevan pidiendo que no se les impute á sus matadores este pecado, es un vocinglero. San Pedro rogando á los verdugos que le crucifiquen cabeza abajo, es un mentecato. San Pablo encadenado y hablando como un embajador, es un imprudente; predicando al Dios desconocido en el Areópago de Atenas, y casi convirtiéndolo al Procónsul Félix, es un *sembrador de palabras* para los utilitaristas atenienses, y un atrevido para los utilitaristas romanos. Cuando San Juan, en sus últimos años, decía: “amaos los unos á los otros”, era un loco.

Judas, sí, Judas, censurando á la piadosísima María porque rompió un precioso vaso de alabastro y ungió á Cristo Nuestro Señor, con unguento de nardo puro, es un perfecto utilitarista, porque calculó que sería más útil dar á los pobres los trecientos denarios que valía ese unguento. “Pero Judas era un ladrón”—dice el evangelista.

Los desamortizadores de los bienes eclesiásticos en Colombia dijeron que era más útil emplear estos caudales en la beneficencia; pero Mosquera aseguró que los gobernadores se lo robaron todo: hé allí á los utilitaristas modernos, cuya figura está calcada sobre el tipo de Judas.

Hay también hechos buenos y laudables que el utilitarismo no puede explicar. Un hombre que habita en el polo ártico oye referir un parricidio cometido en el antártico, y sin embargo de que nada teme ni espera, su espíritu y su corazón se sublevaron contra ese crimen atroz, siente la necesidad del castigo y clama por la expiación. Un caminante es acometido por un león, en la mitad de un bosque, y un transeunte le salva exponiendo su vida: ¿qué utilidad, qué provecho próximo ó remoto espera?—ninguno: no le conoce la víctima, ni hay testigos de su heroísmo.... El soldado Leonardo Infante, en la derrota de la Puerta, le dió su caballo al Libertador, que huía á pie: ¿qué utilidad tuvo, qué cálculo provechoso para él pudo impulsarle á este hecho de abnegación y patriotismo?: la derrota fué general y desastrosa; la guerra era á muerte; todo esto lo sabía Infante, pero felizmente no era utilitarista y por eso oyó el grito del deber: obedeció á la inspiración de lo bueno, se elevó sobre sí mismo, prefirió su muerte á la del gran Bolívar y salvó á la Patria.

El General Santander, padre de los utilitaristas neogranadinos, que había recibido del Libertador todo lo que era, dirigió la mano de Carujo el 25 de Setiembre de 1827 para asesinar vilmente al Padre de Colombia. Hé aquí las dos escuelas: el soldado Infante, guiado por lo bueno, se engrandece hasta la más sublime abnegación salvando al Libertador; el General Santander, precipitado por el utilitarismo, descende hasta el cielo del asesinato y la traición.

El Sr. Larrazábal, en el tomo 2.º, Capítulo 54, de “La vida de Bolívar”, refiere que un diputado federalista, (partido acaudillado por el utilitarista Santander), sin poder contestar los argumentos de otro diputado que sostenía la unión de Colombia le dijo: *pero es útil para echar abajo á Bolívar, y lo demás no importa*. Repito, hé aquí la escuela utilitarista.

### XIII.

Béntham, después de asegurar “que cada hombre es más competente que otro para decidir lo que conviene á su bienestar”; y que el placer y dolor sólo pueden ser juzgados por el que los siente, dice en el tomo 1.º, página 83, de la Deontología, lo siguiente: “Los individuos son más ó menos sensibles á la influencia de la pena y el placer en general, ó de penas y placeres especiales, en razón de su organización corpórea é intelectual, sus conocimientos, sus costumbres, su condición doméstica y social,

el sexo, la edad, el clima, y muchas otras variadas y complejas circunstancias<sup>7</sup>.

Si esto es verdad, el hombre no tiene regla alguna constante, segura é invariable para sus acciones; y en el mismo caso se halla la sociedad, porque todas las circunstancias físicas, morales, intelectuales y sociales pueden influir en el modo, forma, carácter é intensidad de la sensación.

La sensación no es un criterio seguro, una regla infalible. El mejicano cree que la inercia es el placer supremo: el americano del Norte cree, al contrario, que la felicidad está en el movimiento. Las damas persas aspiran con placer la asafétida; para las europeas es insoportable. Los indígenas del Perú usan por placer la coca; á otro cualquiera le quemaría los labios. Los chinos se deleitan con el opio; para otros es un narcótico insoportable. La sopa tan apetitosa de los lacedemonios era un brebaje para los atenienses. Puede asegurarse, sin exageración, que todo cambia de continente á continente, de nación, á nación; de pueblo, á pueblo; de familia á familia y de individuo á individuo; pero todavía más, lo que hoy le agrada á un individuo, mañana le es intolerable. ¿Quién no ha cambiado de gustos á medida que ha avanzado en edad? El niño se entretiene con un juguete; el adolescente sueña con los arreboles de la vida y los mil y mil tintes de la pasión; el hombre adulto quiere regularmente ser hombre grande, sabio ó rico, y si tiene la gracia de Dios, aspira á ser santo; el viejo ve caer una á una las hojas de su esperanza, y con ellas caen lentamente su ánimo, y sus bellas ilusiones; y si, como asegura Benthám, sólo el individuo es el juez de sus propias sensaciones, lo que es bueno para uno es malo para otro, sin que el primero pueda persuadir al segundo de lo contrario. Según esto, la utilidad, es un prisma de mil facetas, es un camaleón que cambia de colores á medida que se le mira, una sombra que pasa, una sensitiva que se marchita, una armonía que se pierde, un vapor que se disipa: es todo lo que se quiera, pero no el palacio de la verdad, el templo de la justicia ni el alcázar del deber, porque la verdad es una, la justicia es una, el deber es uno. Por eso les decía Bossuet á los protestantes: si la verdad es una, está en el catolicismo y no en el protestantismo, pues la libertad de interpretación forma del protestantismo tantas religiones diversas cuantos son los individuos de la especie humana.

#### XIV.

Para calcular y conocer la utilidad, soy yo el juez. Con esta regla, hago el balance de penas y placeres para determinarme á ejecutar una acción, y debo decidirme por ella cuando es mayor la suma de placeres que la de dolores, ó, lo que es lo mismo, cuando con ella ahorro ó evito una gran suma de dolores, á cambio de un solo dolor. Hé aquí dos cálculos utilitaristas en los dos sentidos indicados.

#### CALCULO UTILITARISTA.

##### *Placeres.*

- 1.º Soy pobre.
- 2.º El hambre, desnudez y falta de habitación me acosan.
- 3.º El hambre de mis hijos me duele mas que la mía.
- 4.º Nadie me ve.
- 5.º Estoy seguro de quedar impune.
- 6.º No causaré dolor al dueño de una pequeña suma, porque es rico muy rico, y ni aun sabrá que la ha perdido.



- 7.º Es una gota sacada del océano.
- 8.º Con esta suma satisfaré mis necesidades y las de toda mi familia.
- 9.º Con esta suma tengo un capital que explotado me dará pingües ganancias.
- 10.º Uno ó dos años más y soy rico, muy rico.
11. Cuando lo sea tendré, además, el placer de restituir la suma á su dueño.
12. Nada perderá éste, porque se la restituiré con el interés de plaza.

*Dolores.*

- 1.º El dolor de cometer una vileza.
- 2.º El rubor de mí mismo, del cual no puedo prescindir á pesar de mi doctrina utilitarista. Esto es todo.

BALANCE.

Placeres.....	12
Dolores.....	2

Saldo á favor de los primeros..... 10.

Este guarismo 10 es la razón, la justicia, el motivo que debe determinarme.... Hurto la suma....

OTRO CÁLCULO UTILITARISTA.

*Dolores ahorrados.*

- 1.º Soy pobre.
- 2.º No tengo más medios de subsistencia que los estrictamente necesarios para dos personas, —mi esposa y yo.
- 3.º Si traigo á mi casa un consumidor más, pereceremos todos, pues la escasa alimentación matará á los tres.
- 4.º Nadie conocerá mi acción.
- 5.º Nadie puede castigarme.
- 6.º El que quiere venir á mi casa, sería más feliz no viniendo á ella.
- 7.º No tengo tiempo ni comodidades para educar á este niño, y de pilluelo pasará á bandido.
- 8.º No viniendo, la sociedad se librará de un hombre nocivo y perjudicial.
- 9.º Las cárceles contarán un poblador menos.
- 10.º La sociedad un consumidor improductivo menos.
11. El mismo ahorrará mil dolores, y no irá un día á la horca.
12. La sociedad, mi esposa y yo ahorraremos el dolor de verle ahorcar en un patíbulo.

*Dolores padecidos.*

- 1.º Sufro el dolor instantáneo, ó sea prolongado, de saber que un amigo sofocára por orden mía á mi hijo recién nacido. Este és el único dolor que cuento en contra de la acción que quiero ejecutar.

BALANCE.

Dolores ahorrados.....	12
Dolores padecidos.....	1
Saldo en pró del crimen.....	11.

Este guarismo 11 es la razón, es el motivo, es la justicia del crimen. ¡Asesino á mi hijo recién nacido!.....La consecuencia es terrible, abominable, propia del avestruz que mata á sus hijos; pero es lógica, pues se desprende de las premisas del utilitarismo como la fruta del árbol.

CÁLCULO POLÍTICO UTILITARISTA.

*Motivos de conveniencia pública.*

- 1.º El Gran Mariscal de Ayacucho es un genio militar y político. Vale tal vez más que Bolívar.
- 2.º Es partidario ardiente del sistema central.
- 3.º Sabemos que quiere Colombia unida, ó nada.
- 4.º En Bolivia mandó con una constitución casi monárquica y completamente antiutilitarista.
- 5.º Es amigo íntimo del Libertador.
- 6.º Los intereses de Bolívar y Sucre están unidos.
- 7.º El prestigio que le han dado á Sucre su genio dulce y su talento militar hacen de él el ídolo del ejército.
- 8.º La división colombiana que llegó del Perú, y cuya mayor parte está en el Ecuador, es la flor del ejército, es la que se ha batido y triunfado desde el Orinoco hasta las cimas del Potosí: toda ella ha militado bajo las órdenes de Sucre. Esta y las tropas del Ecuador adoran á Sucre.
- 9.º Sucre es casado en Quito y la señora pertenece á una familia rica, influyente y popular.
- 10.º El Intendente del Sur de Colombia es hechura y admirador de Bolívar y Sucre. En Tarqui fué el brazo derecho de Sucre: ha llamado á Bolívar á Quito; le ha ofrecido el mando del departamento, ó de la República si se divide Colombia; apoyará todo lo que quieran Bolívar y Sucre, pues el departamento, y especialmente Quito, quiere mucho á estos dos hombres.
11. El General Montilla pondrá en manos del Libertador toda la fuerza de que dispone Colombia en Cartagena, la plaza más fuerte de costa firme.
12. Urdaneta y mil otros veteranos apoyarán á Bolívar y Sucre en Bogotá.
13. Infante, Parejo y Bustillos han proclamado ya á Bolívar en Riochico, Orituco y Chaguaramas: este grito se dejará oír y será repetido en todo Venezuela.
14. En Caracas el General Toro y mil y mil personas de gran importancia verificarán una reacción de la cual el llanero Páez no podrá librarnos: Páez tiene valor, pero no entendimiento.
15. Bolívar por el Norte y Sucre por el Sur pueden muy fácilmente sujetar el centro de Colombia, y el partido utilitarista está perdido, desaparecerá: se muere para no resucitar jamás.
16. Santander, caudillo del partido utilitarista, no volverá de su destierro.

17. Los Coroneles Obando y López tienen mucho prestigio en el Cauca, conocen bien el terreno; pues Obando comandó durante largo tiempo una guerrilla goda que dió mucho que hacer á los patriotas; son amigos íntimos de los asesinos de profesión que pueden encargarse de la ejecución por una suma miserable.

18. Ya sea que Sucre tome la ruta de Buenaventura ó la de Pasto, el golpe es seguro y no ofrece riesgo alguno.

19. Obando y López tienen el mismo interés que todos los utilitaristas de Bogotá en el asesinato de Sucre, porque si este grande hombre muere, ellos podrán ser mucho; pero si vive, serán nada.

20. El golpe es tan seguro y fecundo en utilidad política, que podemos anunciarlo, como un fausto acontecimiento, en nuestro periódico, (El Demócrata del 1° de Junio de 1830), cuatro ó cinco días después que Sucre haya salido de Bogotá.

21. Restrepo, Castillo, Vergara, García del Río y demás plumas defensoras del centralismo, ya no podrán atacar el utilitarismo

22. Muerto Sucre, Bolívar quedará desalentado. Aunque el 25 de Setiembre erramos el golpe contra este tirano, se sacó grande utilidad, porque la fuerza física, la moral é intelectual han decaído en él desde aquel día fausto en el calendario utilitarista. Los planes de Bolívar caerán completamente desconcertados con sólo este golpe.

23. La muerte de Sucre, es decir de un solo hombre, que ya ha vivido y gozado largo, salvará á Colombia de una guerra fratricida desastrosa y sangrienta, cuyo fin no es posible prever. Una gota de sangre ahorrará un océano.

24. La Libertad, esta diosa tan cara á nuestros corazones, esta fuente de nuestros honores y riquezas, no se consigue sin sangre: esto lo ha probado la historia desde Grecia hasta Roma, desde Crómwell hasta Robespierre; Colombia no es la excepción de la regla.

25. Finalmente, la muerte de Sucre es indispensable, es necesaria para el triunfo de la escuela utilitarista, que es la *positiva*, la verdadera, la santa: en ella se encuentra la utilidad de Colombia, es decir, de cuatro millones de hombres, y el fin justifica los medios.

### *Inconvenientes.*

1.° Sensible es matar á un hombre ilustre é inocente. Cuando le matemos, dirá Bolívar: ¡Han muerto á Abel! y ese grito nos hará estremecer de horror como á Caín.

2.° Doloroso es asesinar á un estadista de aquellos sin cuyo valor, talento, constancia, genio militar y virtudes no se hubiera conseguido la independencia.

3.° Es de genio dulce, de carácter amable y liberal por sus principios

Este cálculo puede ser erróneo, puede ser absurdo; pero sólo el que lo concibió es el juez, según la doctrina de Benthám. Este sistema arruinó Colombia.

De éstos puede decirse lo que David de los judíos: "*Qui loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum*"....

### XV.

Algunos partidarios del sistema de utilidad han pretendido poner en armonía el catolicismo con el utilitarismo; pero ¿qué armonía puede haber entre la *sensación* y la *justicia*, el *placer* y el *deber*?... El modelo perfectísimo, el camino, la luz, la verdad que tenemos los católicos es Cristo

Nuestro Señor, el cual nos dijo: “El que quiera ser mi discípulo niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame”; “El que no dejare á su padre y á su madre, no puede ser mi discípulo”; “Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo lejos de tí”; “Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto”. ¿Qué hay de común entre esta doctrina de tan sublime abnegación, de amor puro y de elevación celestial, y el utilitarismo que nos ordena preferir aquellos actos que nos acarreen mayor suma de placeres?... Esta unión sería la de Cristo Nuestro Señor y Satanás. . . .

El cumplimiento del deber produce una sensación agradable, la paz interior del justo; pero esta paz es la consecuencia no la regla: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura”.

Verdad es que casi siempre lo justo está acompañado de lo útil; pero, si admitimos lo útil, debe ser subordinado á lo justo. El individuo y la sociedad están obligados á buscar primero lo justo y después lo útil, armonizando ambas cosas cuando es posible; pero, cuando no lo es, deben preferir lo justo á lo útil.

La doctrina de Jesús está fundada en la fe; la moral es la práctica de los dogmas. La fe y la moral se hallan tan estrechamente unidas, que la fe sin obras es muerta; nos lo advierten San Pablo y Santiago. Pero si el hombre no tiene más regla de conducta que el placer y el dolor, no es responsable de sus acciones; si no es responsable de sus acciones, no es libre; si no es libre, no hay penas ni recompensas futuras; si no hay penas ni recompensas después de esta vida, el alma no es inmortal; si el alma no es inmortal, no tiene necesidad de un Sér Supremo, que conozca y juzgue, premie y castigue; si no hay necesidad de un Sér Supremo, no hay Dios; si no hay Dios, todo lo que existe es nada: he aquí el nihilismo, consecuencia lógica del utilitarismo. . . .

Concluiré esta lección, refiriendo algunos hechos históricos que corroboran las doctrinas expuestas.

La justicia y el deber son la regla de las acciones del individuo; si se las sustituye con el placer, quedan justificados todos los crímenes.

Saúl creyó útil matar á David para asegurar el trono en su familia: era utilitarista. Misael, Ananías y Azarias entraron al horno encendido por no adorar la estatua de Nabucodonosor; el sacerdote Eleázaro perdió la vida antes que fingir que violaba la ley comiendo carne de puerco: cumplían con su deber.

Cuando en 710 el Conde Don Julián, gobernador de Ceuta, creyó útil valerse de los moros para destronar á Don Rodrigo y elevarse al trono de España, llamó á Muza, Emir de Africa, y por su medio obtuvo del Califa doce mil guerreros mandados por el intrépido Tarik-ben-Zeyad. El Conde no consultó la justicia, tuvo solo en cuenta su propia utilidad, y la España gimió durante muchos siglos bajo la cimitarra musulmana.

Guzmán el Bueno defendía la plaza de Tarifa, que los moros no podían rendir; para obligar á Guzmán á entregarla, le dijeron: “hé aquí tu hijo, nuestro prisionero; si entregas la plaza, le damos la vida y la libertad, recobrarás al hijo de tus entrañas; pero si rehusas, le degollamos en tu presencia.” Guzmán arrojó la espada para que con ella fuese inmolado su hijo: prefirió el deber á la utilidad.

La justicia es la regla en las relaciones diplomáticas. Maquiavelo había sancionado toda falsía, todo crimen, todo engaño cuando son útiles: Talleyrand añadió, ó mas bien dicho, comprendió esta doctrina, diciendo que la palabra era el arte de disfrazar los pensamientos. Eran diplomáticos utilitaristas.

Bolívar, en las instrucciones al Coronel Flores, Ministro Plenipotenciario le decía: “Calma, calma, calma. Sobre todo, téngase U. *siempre firme* en los buenos principios y en la justicia. . . . Tengamos una justicia recta y dejemos al tiempo hacer prodigios”. Bolívar era verdadero católico.

La justicia es la norma de toda buena administración pública, de todo gobierno.

Sabidos son de todos los crímenes que Maquiavelo aconsejó á los monarcas como providencias útiles de gobierno: era utilitarista.

Bolívar decía á los colombianos: “Yo ofrezco, Señores, que la justicia será mi primer objeto en la administración de que voy á encargarme por la voluntad pública. *La libertad práctica* no consiste en otra cosa que en la dispensación de la justicia y en el cumplimiento estricto de las leyes, para que el justo y el débil no teman” . . . .

El principio de justicia, aunque observado imperfectamente por la República Romana, sostuvo por largo tiempo las armas y la gloria de la gran nación. El Senado era una asamblea de reyes. El principio de utilidad, que sirvió de base al Imperio, le degradó hasta obligarle á comprar la paz á sus enemigos: hizo del Senado un eunuco, y la púrpura de los Césares fué hecha jirones por las picas de los bárbaros.

El viejo Augusto, abrumado de vicios y placeres, antes de morir preguntó á sus aduladores: ¿Por ventura no he representado bien esta farsa de la vida (*mimum vitæ*)? . . . Profunda y lógica convicción de un utilitarista.

Bolívar, el gran Bolívar, el católico Bolívar, dijo poco antes de espirar: “He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. . . . He sido víctima de mis perseguidores (los utilitaristas), que me han conducido á las puertas del sepulcro. — *Yo los perdono*—Colombianos, mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte contribuye á que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”: proclama del 10 de Diciembre de 1830, en la hacienda de San Pedro Alejandrino, donde murió el 17, después de haber recibido todos los auxilios del catolicismo de manos del Ihuo. Sr. Esteves. . . . Era católico, y por eso fué Libertador.

## PARALELO ENTRE EL CODIGO CIVIL

Y LA LEGISLACION ANTERIOR,

en cuanto á los derechos de los hijos respecto de sus padres,

POR EL SEÑOR DOCTOR CARLOS CASARES,

Catedrático de Derecho Civil, Romano, Español y Ecuatoriano.

Materia es ésta algún tanto complicada, pero no difícil, y que naturalmente nos conduce á esta importante cuestión: ¿El Código Civil ha mejorado ó no la condición de los hijos respecto de sus padres?; cuestión compleja que exige un procedimiento analítico, único que puede resolverla en sus pormenores para hacernos arribar á un resultado sintético.